

CUENTO: “EL LADO DEL CORAZON”

SEUDONIMO: Pedro Páramo

AUTOR: CESAR DANIEL BARCHILON KOVENSKY

PAIS DE ORIGEN: ARGENTINA

PAIS DE RESIDENCIA: CHILE

- Uno, dos, tres, muchos.

Entonces, eran muchos los miembros de aquel grupo hambreado, asentado desde el final de las lluvias en la base de aquella ladera rocosa. Realizaban diarias caminatas extenuantes para recolectar unas pocas semillas y algunos insectos carnosos que apenas engañaban el hambre.

En otras circunstancias, siguiendo los mandatos del tótem, el clan hubiera dejado la planicie elevada en busca de un nuevo asentamiento más fecundo en alimento; pero contaban tres hembras preñadas y una travesía como la que los había traído hasta aquí, hubiera significado la pérdida de las crías e incluso la de las madres.

El Tótem habló entonces por la boca del viejo, ordenando que Lom y Fem partieran en busca de alimento; un alimento que llenaría las barrigas, permitiendo emprender una nueva migración al grupo.

Lom y Fem partieron con la primera luz, en dirección al horizonte incendiado, por donde más tarde surgiría el astro. Lom marchaba adelante, ágil y atento, portando la jabalina más recta y liviana, presta para el lanzamiento. A distancia prudencial y siguiendo el ritmo, pero cuidándose de no entorpecer, marchaba Fem portando otras tres

lanzas. Solo alcanzaría a Lom si este arrojaba su jabalina y requería de una segunda o tercera lanza para nuevos intentos o para rematar la presa.

Marcharon un tiempo sin medida y cuando el cansancio lo aconsejó, se detuvieron a recolectar semillas.

Ya con el astro sobre sus cabezas, Lom quiso continuar en la misma dirección que traían, enfrentando la suave brisa, para poder descubrir en las fosas nasales, antes que en los ojos, la presencia de los herbívoros.

Pero Fem oteó el horizonte e indicó a Lom el camino a seguir, desviando ligeramente el rumbo hacia el lado donde palpita el corazón. Lom dudó, pero Fem, inmutable en su determinación, insistió emitiendo un agudo chillido gutural y mostrando con su dedo índice la dirección precisa que debían emprender.

Lom inició una nueva carrera, seguido a 20 pasos por Fem en su marcha auxiliar. Al promediar la tarde comprobaron que Fem no se había equivocado: una numerosa manada de antílopes pastaba sobre una inmensa pradera sin obstáculos ni depredadores a la vista.

Se ocultaron a una distancia prudente para no ser vistos u olfateados por las bestias y se dispusieron a observar el grupo en busca del individuo más apropiado para perseguir.

Enseguida Lom divisó una hembra maciza que parecía renguear en una de sus patas traseras.

A Lom le resultaba imposible representarse el futuro, pero Fem, aunque también adolecía de esa limitación, pudo presentir la imposibilidad de desplazar, una vez muerto, ese enorme animal hasta el campamento, si fuera el caso de que logran darle caza.

Otra vez Fem se armó de valor y señaló a un ejemplar joven y liviano, pero con suficiente carne para saciar al grupo; y esta vez, sin emitir un solo ruido, miró fijamente a Lom, inyectando a la mirada el poder de su determinación. Solo quedaba acomodarse con sigilo y descansar. No podrían emprender la persecución sino hasta la jornada siguiente, cuando el calor del mediodía otorgaría ventaja de sudación a los bípedos lampiños.

Lom y Fem despertaron en el momento en que el borde del cielo se incendia para recibir al astro. Los animales ya estaban incorporados y pastando en silencio. Buscaron en el grupo al desafortunado joven y lo siguieron con la mirada por un espacio de muchas respiraciones y pulsos. El momento fue oportuno cuando el calor fue suficiente; y reconciliados en esa certeza, se acercaron sigilosamente en cuclillas, ocultos por las matas, hasta tener los primeros ejemplares de la manada a 2 tiros de distancia.

Lom, excitado se incorporó y corrió con su lanza liviana hacia la gacela joven; Fem lo siguió, lamentando el arrebato de carrera de Lom, quien hubiera podido acercarse mucho más y probar un lanzamiento de suerte antes de lanzarse a una carrera incierta de persistencia homicida.

Persiguieron la gacela, abandonada por la manada a su suerte, hasta que el astro comenzó su rápida caída hacia la pradera. Notaron que la gacela detenía sus carreras de escape a intervalos cada vez más breves; pero aún daría batalla por su vida y buscaba desesperada el manto del frescor y la noche para huir de su destino de presa y alimento.

Con la caricia del primer soplo fresco, Lom comprendió que debería apurar su tiro de muerte antes de que la noche le robase los ojos, por lo que en la siguiente pausa de jadeo y descanso emprendió una carrera enloquecida hacia la gacela y sin detener su marcha, lanzó la jabalina silbante que, como un pájaro insensible, recortó el cielo para

estrellarse contra una piedra pasando por encima del lomo del animal, aún detenido en su fatiga.

Lom continuaba corriendo detrás de su lanza liberada, de modo que Fem, siguiéndole desde atrás, no atinaba a alcanzarle una nueva lanza.

Descubriendo su mano vacía, Lom se detuvo repentinamente entre la gacela inmóvil y Fem, esperando la provisión de muerte sin voltear ni quitar la mirada a su presa. Pero Fem vio asomar, tras la enorme espalda de Lom, el frágil cuello de la gacela, y sin dudar soltó dos lanzas auxiliares y tras una corta carrera de impulso de solo tres pasos, lanzó la tercera jabalina, que recorrió el cielo en una bella parábola de muerte y fue a insertarse en el tibio cuello de la gacela, atravesándolo limpiamente.

Recolectaron semillas que, a pesar del botín, fue el único alimento de los cazadores, y encendiendo un fuego vigía y protector, se acomodaron en el mismo lugar donde cometieron su crimen. Descansaron sus cabezas sobre el vientre del animal y respiraron pausadamente uno junto a otro, inmóviles, embriagados en el olor de la carne y la sangre que emanaba a través de su piel. Se quedaron dormidos a la intemperie, bajo el manto de las estrellas, solo protegidos por la fogata y un amuleto en el cuello de Fem.

A la mañana siguiente emprendieron el retorno sin hablar, manteniendo el silencio que se había enseñoreado tras el último bufido de la gacela abatida.

Lom, cargando sobre sus hombros el animal, marchaba unos pasos atrás de Fem. Pudo caminar toda la jornada sin descargar la presa, apenas deteniéndose a sorber un poco de agua que Fem le acercaba con algunas semillas que entretenía en su boca, sin llegar a tragar.

Fem quería hablar, imitar los pájaros e incluso bailar, pero comprendía que no hubiera sido prudente expresar su ánimo y caminaba delante de Lom solo deteniéndose en las aguadas para atender su sed y la de Lom conformando un cuenco con sus manos.

Al atardecer del siguiente día, el grupo les divisó desde lejos y adivinó la preciada carga sobre las espaldas de Lom, pero nadie habló y se contentaron con esperarles en silencio. Cuando los cazadores finalmente alcanzaron el campamento, los hombres se acercaron y ayudaron a descargar la gacela de la espalda de Lom. Diligentemente las hembras desollaron la bestia, encendieron y alimentaron el fuego y prepararon las horquillas sobre las que cocieron cuidadosamente la carne.

Comieron en silencio. Y luego lloraron.

El viejo contó a los viajeros que dos hienas de la jauría merodeante les habían sorprendido al promediar la tarde anterior, arrancando de los brazos de una madre a su cachorro, sin que nadie alcanzara a evitarlo.

No eran muchas las palabras que conocía el grupo para contar esta historia; solo algunos sustantivos indispensables: un nombre para cada integrante del grupo, una palabra para cada herramienta, cosa y animal que importaba; también sabían contar: uno, dos, tres, muchos; y finalmente, conocían los verbos, que eran más bien sonidos siempre diferentes, acompañados por una mímica de la acción: ir, comer, matar, dormir; ya en aquel entonces, algunas acciones cotidianas, por pudor, estaban privadas de un nombre.

Desafortunadamente desconocían los adjetivos, por lo que no podían expresar con palabras ni la pena, ni la alegría, ni la frecuente ira.

Con esas pocas palabras, mímicas y sonidos expresados por el viejo, Fem pudo asimilar lo sucedido y lloró con las hembras la pérdida.

Luego los hombres preguntaron a Lom por la cacería y todos guardaron silencio para escuchar. Lom hubiera querido mentir, contando que su lanza silbadora acertó al animal en su primer intento. Pero Lom no sabía mentir. Nadie sabía mentir en aquella época, y por eso calló. Y fue Fem quien se levantó de un salto, y girando en torno al grupo saciado alrededor de la hoguera, contó la aventura de la cacería: el desvío del rumbo, la gacela renga, la larga persecución, la lanza perdida de Lom y el certero lanzazo que bendijo el tótem. Luego acercándose al fuego para que todos le vieran, imitó a la gacela herida, quebrando sus patas delanteras primero y luego las traseras derrumbándose hacia el costado pesadamente sobre el fango, para correr una última carrera a ninguna parte con movimientos alocados de dos extremidades que ya no pisaban el suelo de este mundo. Y todos rieron.

Todos rieron menos Lom, que tomó una vara para atizar el fuego y golpeó a Fem en el muslo, dibujando un hilo de sangre delatado por la hoguera. Luego, con su poderoso brazo de blandir la lanza levantó en el aire a Fem desde su posición aún cuadrúpeda de gacela para dejarle caer al suelo y volver a sujetar sus muñecas, mientras Fem intentaba sin éxito evitar el violento arrastre.

- Cuma, Cuma! Gritó Lom. Y esa era una palabra que todo el grupo conocía: “cueva”, “gruta”, “fosa”, “pozo”, el lugar disponible, según la circunstancia, para pasar las noches. Y en este campamento, Cuma era una cueva profunda fresca y oscura, con una entrada estrecha y fácil de bloquear a los depredadores.

Fem sufría por apartarse del grupo. Deseaba repetir la historia una y otra vez, deseaba reír y bailar y deseaba que los cachorros sobrevivientes le vieran imitar a la gacela renga. Pero Lom le tomó por los cabellos arrestándole hacia Cuma sin darle siquiera oportunidad a incorporarse y marchar sobre sus pies.

En la cueva, Fem ya sin fuerzas, se abandonó recostándose sobre las pieles, boca arriba; pero Lom con un brusco movimiento giró desde sus tobillos el cuerpo grácil de Fem obligándolo a ponerse boca abajo y luego plegándolo hacia la representación cuadrúpeda de la gacela. En esa posición animal, Lom penetró a Fem lacerando su interior con su miembro erecto, como una punta de lanza, que una y otra vez da en el mismo y trémulo blanco.

Cuando Lom sentía que vendría su desborde, detenía su movimiento para, una vez calmadas las fiebres, volver a ultrajar el cuerpo vencido de Fem.

Finalmente, Lom desbordó, por emoción o aburrimento, y sin liberar a Fem, se recostó a su lado reteniéndole por el cuello y pensó con rudimentarias imágenes, que antes de las próximas lluvias, el vientre de Fem se hincharía por primera de muchas veces, y ya nunca más podría acompañar a los cazadores. Y con esta feliz ocurrencia, Lom se quedó dormido.

Afuera, el grupo despreocupado aún conversaba y reía; y Fem, retenida en la oscuridad de la cueva, vio la inmensa espalda de Lom delante de la Gacela, iluminada solo por la ensoñación, y pensó en esa lanza que pudo cambiar su destino desviada tan solo un poco hacia el lado donde no habita el corazón de la especie. Pensó en esa lanza, que empezó su viaje hace treinta mil lluvias y aún no se resuelve.

Mayo de 2020
